

con la sinceridad; que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfección; que hay escrúpulos de almas timoratas y escrúpulos de hipócritas, como los suyos. Se viene á confesar de que le dió un palo al gato de su nana <sup>1</sup> y no se confiesa de que se lo dió por vengarse de ella, ni de que se quiso vengar porque la regañó por haberla desobedecido yéndose al patio á platicar con esa moza que le ha enseñado tantas cosas que nunca debía saber, y porque le ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á su conciencia.

¡Cuánto trabajo me ha costado sacaros todas estas cosas y haceros confesar las culpas mortales que os queríais ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable! pues seguramente no queríais confesar otra cosa sino que le disteis un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. ¡Ya verá usted qué tal sería mi confesor!

—Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admire más de la candidez de usted en confesar sus pecados, ó de la memoria que conserva de la reprensión de su director, pues la sabe como una relación; porque ese estilo se echa de ver que no es el de usted sino el de su confesor.

Pero, después de todo, es necesario que usted advierta que ese señor no dice bien en todo lo que ha

<sup>1</sup> Así llaman las niñas á las monjas á cuyo cargo están.

dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mujeres hay defectos que sería de desear se corrigiesen. Mas ¿en qué parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es también verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo, ó por antojo, ó por necesidad, ó por fuerza, y no son éstas seguramente las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es menos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas, ni holgazanas, sino para ser los planteles de la virtud y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde ésta se prueba y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada día. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinaje de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por más que en ellas entren algunas personas díscolas y no falten defectos que sería muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridículas á los sensatos, por más que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caído sobre la frente, como lo usan todas las jóvenes decentes en sus casas, por más honestas y virtuosas que sean; y aquí tenemos una preocupación, no sólo extravagante, sino que puede ser perjudicial en algún caso.

Nada difícil es probar lo ridículo de esta prohibición, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el día un uso muy común, y tan honesto en sí, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razón; porque el túnico y la basquiña, el tápalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola mujer virtuosa ó prostituída; y aquí se verifica que el hábito no hace el monje.

Ahora se debía advertir, por las enemigas de los túnicos y trajes del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designios de quedarse en ellos, ya por falta de vocación ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mujeres hacendosas; muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas éstas van con la intención de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar ó no quieran que estén los que las mandan.

¿No es cosa bien extraña que se les prohíba á todas estas su propio traje? Y por último, si el túnico, si el tápalo, si el pelo así ó asado son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retrayentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Diremos que en esto son las preladas más laxas ó menos preocupadas?

Los perjuicios que acarrea esta preocupación contra los túnicos no son ni raros ni remotos. Hay muchachas pobres que desean recogerse en un convento; acaso hallan este ó el otro bienhechor que las ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente; y ¿qué sucede? Que no entran, y pierden esa coyuntura, y tal vez se extravían en la calle, porque no tuvieron ó valor para dejar el traje con que las criaron ó proporciones para variarlo; y he aquí un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos los trajes que usan las señoras en la calle, sería un temerario; porque esta permisión general abriría la puerta al lujo y la profanidad, opuestos á la moderación y modestia que debe sobresalir en tales casas; pero lejos de tal necedad, sólo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras según se visten fuera de ellas las jóvenes honestas y timoratas, pues de este modo, sin ofensa de la virtud, se

corregiría esta preocupación, que mil veces he oído apellidar ignorancia y ridiculez.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades, que si no son tan públicos como el que acabamos de refutar, no son menos frecuentes y perjudiciales. Las predilecciones que las *nanas*<sup>1</sup> tienen con esta niña más que con aquélla; las amistades íntimas de unas niñas con otras; las confianzas mutuas entre unas y la indiferencia con otras; la estimación y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres;<sup>2</sup> la acepción de chismes; los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan, de espantos, de visiones y aun de milagros apócrifos é imaginarios,<sup>3</sup> y otras cosillas á este modo, originan celos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos necios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y tanto más detestables cuanto que se provocan y ejercitan entre muchas personas que tienen que vivir juntas y fiscalizarse muy de cerca. Si el santo rey David decía que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlaza-

<sup>1</sup> Ya se dijo quienes se llaman *nanas* en los conventos.

<sup>2</sup> Esto se ve y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija este defecto donde lo haya.

<sup>3</sup> Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen más daño del que parece. Se refiere con sencillez que la madre Fulana difunta era una santa; que hacía tal y tal penitencia; que hizo tal y tal milagro, etc., y sin otra confirmación que una vulgar aunque piadosa tradición, se cree todo. Se encomiendan á la dicha monja y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada, como creer mucho.

dos por la caridad como si fueran todos uno solo, yo digo, y cualquiera dirá, que es malísimo y más que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. ¿Y de qué frase nos valdríamos para ponderar la malicia y gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superiores, que hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente, y llegan hasta á negarse las comunes saluciones, ó lo que dicen, *quitarse la habla?* Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del odio y la venganza, que llegara hasta á tenerse por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. ¡Temán estos infelices, temán la ira de Dios en el último día de los siglos! Él mismo dice en las sagradas letras: *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamás sus pecados. El hombre se encona contra el hombre y conserva contra él su enojo, ¿y así se atreve á pedir á Dios misericordia? Él no la tiene con sus semejantes, ¿y así pide se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novísimos, y déjate de enemistades.*<sup>1</sup> Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengativo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

<sup>1</sup> *Eccl.*, cap. XXVIII.

¿Pero acaso, porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten extravagancias ridículas y viciosas, habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echaremos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? ¿Querremos que las comunidades de las mujeres sean perfectas y limpias de todo individuo díscolo y quizá extraviado, cuando no hay una corporación exenta de esta plaga? ¿Olvidaremos que la congregación de Jesucristo se compuso de solos doce individuos escogidos por la Suma Sabiduría, y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel y un Judas pérfido, traidor y criminal hasta el extremo? Pero ¡qué mucho! La primera asociación que hubo en el mundo fué de dos individuos, Adán y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado si la mujer primera no lo hubiera seducido. ¿Y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas enclaustradas sean impecables? Así sería de desear; pero esto no es dado sino á los habitantes del paraíso celestial, que están confirmados en la gracia.

Mas por último, señora comadre; lo que no tiene duda es, que cuando ese don Gervasio, su nuevo protector, repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo

anima seguramente el espíritu de San Pablo, ni el de algún otro Apóstol ó Santo Padre, sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me explico; pero si usted no lo entiende, sépase que no la quiere encerrada, porque no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasión hacia la muchacha y disuade á usted de que la asegure en un colegio, no por virtud ni por amor que le tiene, sino porque en la calle tiene libertad para seducirla y esperanza de satisfacer sus apetitos, lo que no sería tan fácil en un convento. ¡Malditas sean esas caridades! Oiga usted una fabulita que hice años pasados al asunto; quizá porque está en verso la retendrá usted en la memoria, y servirá de provecho á la madre y á la hija. El apólogo trata de un lobo y un cordero, y dice así:

— ¡Ay infeliz de tí! me compadece  
tan joven y metido entre esos palos,  
que ni te dejan ver el mundo alegre,  
ni gozar de las hierbas y los pastos.  
Vén: sal por la rendija que te ofrece  
la estaca que aquí falta. Yo no paso  
á libertarte, amigo, porque tengo  
un gran cuerpo, no quepo, estoy pesado;  
pero tú, que eres chico, sal ó brinca,  
y ya verás qué vida nos pasamos.  
Te llevaré á comer la verde grama,  
te pasearé por todos los sembrados;  
el tomillo y el maíz, alfalfa y trigo  
te prevendrán un delicioso plato.  
Un lobo malicioso y lleno de hambre  
así le hablaba á un corderillo incauto.